

## EL BORGES QUE CONOCÍ<sup>(\*)</sup>

*Alicia Jurado*

Hace veinte años, en un homenaje que se le hizo a Borges en Buenos Aires al cumplir él los ochenta, participamos, en presencia suya, Manuel Mujica Láinez, Juan Liscano y yo; como recuerdo en mis *Memorias*, Liscano puso la nota erudita, Manucho la ingeniosa y yo la sentimental. Aproveché la circunstancia de que Borges no podía replicar una palabra, para expresar públicamente y delante de él una gratitud que no me habría animado a decirle cuando hubiera podido hacerme callar, rezongando, como le oí contestar más de una vez a su madre: “Hablemos de otra cosa. Ya sabes que hablar de mí es el tema que menos me interesa.” Escudada por su forzoso silencio, enumeré entonces las cosas que había recibido de él: “tantos libros que me regaló y leí por recomendación suya, tantos escritores que descubrí por su medio y, cuando trabajamos juntos -o, mejor dicho, cuando le ayudé a trabajar en un libro o me dictó algún texto- tanto que aprendí en lo que se refiere al uso del lenguaje y la claridad de la expresión. La deuda es de aquellas que no se pueden pagar y solo me queda reconocer y proclamarla. Pero también hay otra cosa que le agradezco hoy por sobre todas las demás y es su amistad. Las horas de vida que me dedicó, la confianza que me deparó, el privilegio de que este escritor impar fuera para mí, la mayor parte del tiempo, solamente una persona.”

De esa persona quisiera hablarles hoy.

Conocí a Borges en 1954, cuando él tenía cincuenta y cinco años y yo treinta y dos. Nos presentó una amiga común, Estela Canto, que había reanudado un esporádico trato con él después de haber sido novia suya en otras épocas y más tarde, muerto Borges, escribió un libro sobre aquella relación, tan indiscreto que no quise verla más. El origen de nuestro encuentro fue mi primer artículo en una revista literaria llamada *Ciudad*, dirigida por Carlos Muñiz, cuya segundo número (solo hubo tres) estuvo dedicado a Borges; mi colaboración versaba sobre sus cuentos fantásticos. Estela se lo leyó y él aceptó conocerme.

---

(\*) *Texto de la conferencia que ofreció la escritora y académica argentina en el acto en memoria de Jorge Luis Borges que, con motivo del centenario de su nacimiento y organizada por la Academia Nacional de Letras de Uruguay, se llevó a cabo en el anfiteatro del Instituto Artigas (Ministerio de Relaciones Exteriores), el 18 de agosto de 1999.*

Este fue el comienzo de una continuada amistad de más de treinta años, hasta que murió, durante la cual nos vimos con frecuencia, le leí incontables horas en su casa o en la mía, trabajamos juntos, seguí sus clases de literatura inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras, lo acompañé a breves viajes al interior del país y a innumerables conferencias suyas y estuve a su lado en muchos momentos importantes de su vida, alegres o tristes. Solo dejé de verlo durante sus viajes al exterior y los míos; aun a lo largo de los tres años en que estuvo casado con Elsa Aztete, cuando yo iba poco a su casa, lo visitaba en su despacho de la Biblioteca Nacional y conocí todas las vicisitudes de aquel infortunado matrimonio hasta que se resolvió el divorcio y Borges volvió a vivir con su madre en el departamento de la calle Maipú.

Por supuesto, yo conocía bastante su obra antes de conocerlo a él y había quedado deslumbrada con sus extraños cuentos inspirados en temas metafísicos y sobre todo con su poesía, que leía ávidamente en voz alta caminando por la casa, maravillada de su poder de síntesis, su originalidad, su perfecta adjetivación y ese lenguaje único, tan impecable y a la vez tan nuestro, que es característico tanto de su verso como de su prosa.

Cuando lo conocí, me costó integrar la imagen de mi admiración literaria con la imagen física del autor. Era, sin duda, amable y muy cortés, pero un poco borroso y tendía una mano sin energía que daba la sensación de apocamiento e inseguridad. Borges era muy tímido y, aunque se hubiese sobrepuesto a esa condición a fuerza de comparecer ante el público y de hablar ante auditorios numerosos, cada vez que tenía que dar una conferencia le acometían los nervios. “Es que soy un veterano del pánico” solía contestar, cuando yo le recordaba la infinidad de conferencias que había dado y lo absurdo de su ansiedad. Y, cuando lo iba a buscar al estrado, murmuraba, aliviado, “ya pasó”, lo mismo que un colegial que acaba de rendir examen.

En ese año comenzó nuestra larga amistad. Todavía podía ver algo, aunque sin nitidez, pero, en 1955, cuando lo nombraron director de la Biblioteca Nacional, este hecho feliz para él coincidió con otro aciago: los médicos le prohibieron leer; sin embargo, jamás le oí una queja. Otros tuvimos que prestarle nuestros ojos, pero no es lo mismo. Solía decirme que le gustaba armar un poema en su cabeza y luego dictarlo completo a quien estuviese a mano; por eso prefería la forma clásica del soneto, que podía recordar entero por su brevedad y sus rimas.

Durante los primeros años de nuestra amistad, solíamos caminar mucho por Buenos Aires. Íbamos a comer a alguno de sus restaurantes preferidos, que incluían el famoso *Tropezón* inmortalizado por la letra de un tango; en los últimos tiempos buscaba alejarse lo menos posible de

su casa y, menos de una cuadra, nos instalábamos en una modesta fonda llamada *Cantina Norte*, donde él tenía su mesa reservada y los mozos se apresuraban a atenderlo. Otro lugar favorito era el hotel Dorá, casi enfrente de su casa, para llegar al cual bastaba cruzar la calle. Allí me hacía leer cada vez todo el menú, que yo abreviaba salteándome la mitad, sabiendo que de cualquier modo él pediría lo mismo: arroz con manteca y queso, ensalada de papas y huevos duros y a veces melón con jamón.

Nunca bebimos vino y él tomaba tales cantidades de agua que debía llenarle la copa a cada momento; esto lo percibió un médico presente cuando estábamos en Córdoba y le diagnosticó la diabetes leve que sufría. Recuerdo que para cerciorarse le mandó al hotel, a la mañana siguiente, a un joven estudiante para sacarle sangre y hacerle un análisis, y el pobre Borges, que no deseaba en absoluto esta extracción, me repetía cada diez minutos: “¿A qué hora viene Drácula?” Cuando Drácula llegó, estaba más intimidado que él y Borges lo llevó al borde del pánico contándole relatos atroces de los degolladores en nuestras guerras civiles.

Debo decir que, cuando venía Borges a casa, yo le daba cualquier plato en que no hubiera que cortar los bocados y él encontraba todo riquísimo y lo comía con placer. Su postre preferido, recuerdo, era el dulce de leche.

Nuestras caminatas, casi siempre nocturnas, nos llevaban a diversos barrios de Buenos Aires, pero la imagen más vívida que tengo es la de andar por la plaza San Martín. Íbamos y veníamos, sentándonos a veces a descansar en un banco para seguir luego, como peripatéticos, por los mismos caminos. De estos infinitos pasos, mis recuerdos son el de hablar de literatura -que era su tema, casi con exclusión de otros- y el de reír. Borges tenía un sentido del humor muy peculiar, basado más bien en el uso de las palabras, que resultaban cómicas por lo inesperadas dentro del contexto. Lo cierto es que siempre repito, y así fue, que en mi vida me he reído más con nadie. También recuerdo lo mucho que se divertían juntos Adolfo Bioy Casares y él, cuando Borges y yo íbamos a comer a la casa de Bioy y de Silvina Ocampo, su mujer, en la calle Posadas.

Durante dos cursos, en la década del cincuenta, seguí sus clases de literatura inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras y, al salir, lo acompañaba a su casa a pie por la calle Florida, después de tomar un café juntos en algún bar. Esas clases eran tan arbitrarias como encantadoras: era capaz de dedicarle una sola a Milton, que le aburría un poco, y varias a la literatura anglosajona, que lo apasionaba porque estaba estudiando ese idioma. Todo su enfoque era original, aunque para apreciar esa originalidad era necesario conocer el tema, cosa que difícilmente ocurriese en el caso de sus alumnos.

Durante innumerables horas, días y años, le leí a Borges. A veces eran textos que necesitaba para preparar sus conferencias o sus clases, pero en la mayoría de los casos la lectura fue para nuestro mutuo placer. Elegía siempre el inglés -creo que solo le leí en francés algunas páginas de Flaubert y de Voltaire y muy pocas en castellano- y volvía a pedir los ensayos, cuentos y poemas que ya conocía. Shakespeare, por supuesto; pero también Macaulay, Gibbon, el doctor Johnson, Kipling, Chesterton, Henry James, H.G. Wells, Browning, Robert Frost y tantos otros. Leerle era toda una experiencia, porque interrumpía a cada rato para hacer observaciones sobre el texto, siempre reveladoras, o para pedirme que buscara algo en el Enciclopedia Británica o en un diccionario de etimologías. Me parece verlo, sentado en su sillón en compañía de un gato blanco gordo llamado Beppo, al que era preciso desalojar primero porque se instalaba siempre en el asiento de su dueño.

Escribir con Borges o hacerlo a su dictado, también fue una experiencia memorable. Tenía la obsesión de la claridad y se hacía leer una frase varias veces hasta dar con la forma exacta de su pensamiento, cambiando alguna palabra que le pareciera menos precisa o le resultara cacofónica. Era capaz de aceptar cualquier sugerencia que creyese adecuada, pero a veces se empeñaba en conservar su idea original. Me acuerdo de una ocasión en que le señalé la insignificante repetición de una palabra y me replicó que no importaba, pues buscaba la mera claridad. “Ya me he resignado”, me dijo, “a escribir mal.” Otra vez, osé señalarle que en el soneto sobre la cierva blanca el último verso estaba mal medido; publicó mi enmienda en una nota, pero conservó la línea original.

En realidad, pese a su blandura aparente, era increíblemente terco. Razonamientos y ruegos eran inútiles para convencerlo de la necesidad de hacer algo que no tuviese ganas de hacer. A las sesiones de nuestra academia no pude llevarlo más que una vez; pretextaba que se aburría, aunque yo sospeché después que, por ser los jueves cuando trabajaba con María Kodama, no quería perder esas horas con ella. Habrían podido cambiar el día, pero alguno de los dos no quiso. Sin embargo, el día de mi recepción académica fue él (no yo, que jamás le pedí nada) quien quiso decir el discurso de bienvenida. Tampoco fue a las reuniones de la Unesco en casa de Victoria Ocampo, en San Isidro, llamadas *Diálogo de las Culturas*, donde iban personalidades literarias de todo el mundo que, naturalmente, estaban especialmente interesadas por conocerlo a él. Logré arrastrarlo al cóctel inicial, en el Plaza Hotel, pero después se negó a ir a Villa Ocampo con el argumento de que aquello duraba todo el día y no podría dormir su siesta. Victoria quedó muy enojada y creo que con razón.

Nuestro libro sobre el budismo, publicado en 1976, tuvo sus altibajos. Lo empezamos poco después de conocernos. Cuando su madre y él estuvieron pasando unos días en el campo, en mi estancia, aquella escribió al dictado de este un breve poema en mi álbum de visitas, que luego se publicó en *La rosa profunda* con el título de “Estancia El Retiro”; terminaba diciendo, en alusión a nuestro trabajo,

*Sombras los dos, copiamos lo que dictan  
Otras sobras, Heráclito y Gautama.*

Pero en un determinado momento Borges perdió interés, por motivos que nunca sabré y pasaron años antes de que reanudáramos la tarea. A un periodista francés le dijo que no nos poníamos de acuerdo porque yo quería convertir a los lectores al budismo, una broma que el otro tomó literalmente y publicó. Este disparate provenía de que yo quería poner el acento sobre la filosofía budista y a él le gustaban más los aspectos fantásticos de aquella religión, las leyendas y los seres fabulosos. La prueba está en que cuando por fin apareció el libro *¿Qué es el budismo?*, parte de una colección heterogénea con títulos similares, salió exactamente como él quería y lo había concebido. Yo dejé aclarado en un prólogo que, pese a la generosidad de Borges de insistir en poner mi nombre en la tapa, la obra era enteramente suya en la concepción y la redacción; yo contribuí con investigaciones, lecturas, escritura y correcciones de pruebas, nada más.

La erudición de Borges era formidable, así como también su memoria. Con frecuencia yo lo llamaba por teléfono para preguntarle algo y era muy raro que no me sacara de dudas. Tenía, por supuesto, sus lagunas: las artes visuales -cosa explicable en un ciego-, la música- una vez lo llevé a un concierto con la esperanza de interesarlo en algo que podría acompañarlo tanto en su ceguera, pero no tuve éxito- y, en general, las ciencias. Ni siquiera le importaba su propia fisiología: si le preguntaba qué le había recetado el médico, contestaba: “una pildorita de color rosado”, por ejemplo, sin importarle qué contenía ni para qué la tomaba. Si yo me indignaba: “¡Georgie, parecés de rancho!”, él se reía y allí acababa la discusión.

Borges me llamaba a mí, generalmente a la mañana, para preguntarme si estaba libre esa noche y, si lo estaba, jamás dejé de ir a verlo. Me olvidaba de que fuese el escritor más importante de la lengua española y solo pensaba que se trataba de un hombre viejo, ciego, de salud delicada, que era preciso no dejar solo. Cuando ya no lo acompañaba su madre, me lo imaginaba en su pequeño departamento lleno de libros, en su estrecho dormitorio donde apenas cabían la cama y un par de bibliotecas, donde colgaba de una pared el famoso grabado de Durero

titulado *Ritter, Tod und Teufel* (El caballero, la muerte y el demonio) que le inspiró dos de sus más hermosos poemas.

El departamento tenía un balcón que lo abarcaba por entero, lleno de plantas que le gustaban a Leonorcita, la madre, una gran señora inteligente y cultivada, de quien me hice muy amiga. Era longeva, menuda, con grandes ojos claros, enteramente dedicada al hijo; me encantaba oírle contar las cosas de su infancia y juventud, que eran como sumergirse en otro mundo, así como será otro mundo, también para los jóvenes de hoy, el que yo viví hace sesenta años.

Cuando se acercaba a los setenta, Borges se casó con Elsa Aztete Millán, otra de las novias de su juventud con quien se reencontró, ya viuda, en La Plata. Este matrimonio, que duró tres años, no resultó satisfactorio. Nunca entendí qué lo indujo a casarse con una persona tan diferente de él, aunque más tarde me dijera que buscaba afecto y compañía. Lo cierto es que un día me contó, en la Biblioteca Nacional, que pensaba irse de su departamento de la avenida Belgrano, donde vivía con su mujer, sin darle aviso. No hubo modo de convencerlo de la necesidad y la obligación de hablarlo con ella. “Me hará una escena y no puedo soportar las escenas”, fue su argumento; días más tarde, se fue con su traductor al inglés de entonces, Norman Thomas Di Giovanni, a trabajar como siempre a la biblioteca y de allí salió con lo puesto a tomar el tren para pasar una temporada en Córdoba, acompañado por Di Giovanni y la primera mujer de este. En vez de volver esa tarde al hogar, mandó a su abogado a dar las explicaciones del caso y, cuando volvió de Córdoba, regresó a la casa materna, de la que solo salió para irse a Ginebra a morir.

Georgie, como le decíamos, era así: no le gustaba enfrentar las situaciones incómodas. Lo que no quita que fuese valiente en muchas circunstancias; por ejemplo, su actitud durante la dictadura de Perón fue de inflexible energía, hasta el punto de que lo sacaron de su puestito municipal de bibliotecario para transferirlo a otro de inspector de aves y conejos en las ferias; por ese motivo renunció y empezó a ganarse la vida dictando cursos en la Asociación Argentina de Cultura Inglesa y el Colegio Libre de Estudios Superiores. En los tiempos que siguieron, incluyendo la desafortunada reelección de Perón, su muerte y la lamentable presidencia de su mujer, Borges no vaciló en emitir sus opiniones políticas en cuanta publicación le hiciera un reportaje, y también sobre otros temas que produjeron reacciones airadas en diversos sectores. Al final se había vuelto tan importante que si se burlaba del fútbol se enfurecían los aficionados y si se declaraba agnóstico se indignaba el clero. Había sido fotografiado tantas veces que todo el mundo lo

identificaba, desde el peón que arreglaba la calle hasta la profesora que se acercaba a expresarle su admiración. La inmensa mayoría no lo había leído nunca y probablemente, en caso de hacerlo, no habría entendido nada; porque Borges, sin ser oscuro, era lo bastante erudito como para requerir muchos conocimientos previos a fin de comprender sus referencias y alusiones. La gente, en los últimos años de su vida, lo veía como a un héroe nacional, más o menos como veía a un deportista famoso o a una estrella de la televisión. Pero Borges, que percibía la situación muy claramente, nunca se envaneció de su popularidad; tal vez su lúcida inteligencia le señalaba la relatividad de los méritos humanos. Era el hombre más modesto que conocí; jamás le oí jactarse de nada ni hablar de sus éxitos y hasta parecía sorprenderse de su fama. “¡Madre, me toman en serio!”, exclamó una vez en un aeropuerto, al enterarse de la nutrida comitiva que lo esperaba.

Fue un hombre muy querible. Bueno, generoso, tímido, cortés, terco, valeroso, apocado; inteligentísimo en el razonamiento abstracto, cándido en su relación con el prójimo. Un ser cuya amistad iluminó mi vida, del que quise dar hoy, sin entrar en las deslumbrantes complejidades de su obra, una sencilla e incompleta semblanza.